

Revista Colombiana de Educación

Revista Colombiana de Educación

ISSN: 0120-3916

rce@pedagogica.edu.co

Universidad Pedagógica Nacional
Colombia

Jaramillo Echeverri, Luis Guillermo

Ser sujeto en la investigación: investigando desde nuestra subjetividad
Revista Colombiana de Educación, núm. 50, enero-junio, 2006, pp. 104-118
Universidad Pedagógica Nacional
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=413635244006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Resumen

Este escrito aporta al papel del investigador en la construcción de nuevo conocimiento como elemento imprescindible en la relación sujeto investigado–sujeto investigador. Como lo expresara Edgar Morin (1994), “somos producto y productores” del conocimiento en la interdependencia de una vida auto-ecoorganizada. De la misma forma en que somos seres en relación sistémica e interdependiente con el contexto, así somos con el conocimiento que producimos desde nuestro ser experiencial, que muchas veces es negado por la pretensión de alcanzar la tan anhelada neutralidad valorativa.

Palabras clave:

Investigación, subjetividad, sujeto, diálogo.

Abstract

This paper tents to stand out the role of the researcher in the construction of new knowledge as an vital in the relationship between researched object and researcher, as expressed by Morin (1994), “we are product and producers” of knowledge in the interdependency of auto-eco organized live in the same way we are beings in systematic and independent relation with the context, the same way we are with the knowledge that the we produce from our experiential being, which many times is denied with the intention of reaching the most wanted neutrality valorative.

Key words:

Investigation, subjectivity, subject, dialogue.

Ser sujeto en la investigación: investigando desde nuestra subjetividad*

*Luis Guillermo
Jaramillo Echeverri¹*

Introducción

La generación de un conocimiento contextualizado y acorde con nuestras realidades culturales y sociales exige de nosotros no sólo el compromiso de escribir desde nuestros tiempos y lugares, sino también la capacidad de relacionar y analizar de manera crítica aquello que se nos presenta como válido. Poseer un conocimiento pertinente es la fuerza de constituírnos como sujetos que pensamos/actuamos desde un aquí y un ahora, sujetos con potencia para re-valorar nuestra forma de acercarnos a la investigación desde lo subjetivo y lo intersubjetivo.

En este sentido, el presente escrito ha sido construido en cuatro partes: en la primera se presenta uno de nuestros poetas afrocolombianos, que en su ser sentipensante escribía desde una morada (lugar) y una historia que reconocía como suya; en la segunda parte, relato mi experiencia de formación en investigación en las aulas universitarias y las implicaciones que me llevaron a reconocermelo como sujeto investigador; la tercera, tiene que ver con la relación sujeto-objeto de investigación y la posibilidad epistémica de fundirse implicativamente en la investigación y con el otro investigado. En la cuarta parte expongo cómo la relación con el otro investigado se encuentra presidida por el lenguaje a través de la palabra y la conversación, en el desplazamiento de horizontes que nos permiten comprendernos constitutivamente como seres intencionales.

El propósito es reconocernos como seres en situación ante la investigación; seres abiertos, con sensibilidad para ver y escuchar atentamente las voces internas de una pregunta que nos apasiona, nos persigue y nos grita indeciblemente:

* Texto recibido en febrero 2 de 2006 y arbitrado en marzo 10 de 2006.

¹ Magíster en Educación y Desarrollo humano. Estudiante de doctorado en Educación. Docente de planta de la Facultad de Ciencias Naturales, Exactas y de la Educación, Universidad del Cauca. ljaramillo@unicauca.edu.co

cómo nos vemos en aquello que queremos explicar y comprender con relación a los otros, y cómo podemos ensanchar nuestros horizontes de vida en aquello que formalmente denominamos *investigación*.

1. Ser sentipensante

Quisiera empezar este escrito con un poeta poco conocido en el mundo hispano, e incluso en nuestro medio colombiano. A veces adolecemos del mal endémico que valida a aquellos que se esconden tras las líneas de sus escritos, sin permitir que aflore la subjetividad de lo que son: sujetos *desbordados* de saber experiencial² en el que aflora la subjetividad.

Candelario Obeso (1849-1884). Este poeta, gestor de la poesía negra hispano-americana, gozó de estilo genuino, de ser sentipensante; es decir, que escribía como hablaba y hablaba como escribía. Obeso rescata y resalta las raíces africanas de su identidad caribe; se apartó de la copia y el plagio romántico de algunos de sus contemporáneos; fue un poeta que intentó salvaguardar la expresión costumbrista de brillos falaces que poco aportaban a su ser afro-colombiano. De las letras escribía:

tengo para mí que es sólo cultivándola con el esmero requerido como alcanzan las naciones a fundar su verdadera literatura... Ojalá pues que hoy trabajen sobre este propósito los jóvenes amantes del progreso del país y de esta suerte pronto se calmará el furor de la imitación, tan triste, que tanto ha retrasado el ensanche de las letras hispanoamericanas (citado en Padilla, 2004, p. 63).

Obeso, conocedor de idiomas como el italiano, el portugués, el latín, el inglés y el griego (a pesar de ser segregado y sometido por el color de su piel) intentó no esconderse en frases maniqueas y serviles que agradaban a una élite de escritores que se ufanaban de la pureza lectoescritora. He aquí unas estrofas de su poema *Canción Der Boga Ausente* dirigido a los señores Rufino Cuervo y Miguel Antonio Caro.

Qué trijte que ejtá la noche,
La noche qué trijte ejtá:
No han en er cielo una ejtrella...
¡Remá! ¡Remá!

La negra re mi arma mía,
Mientras yo brego en la má,
Baño en suró por ella,
¿Que hará? ¿Que hará?

² El saber de la experiencia no está, como el conocimiento científico, fuera de nosotros, sino que sólo tiene sentido en el modo en que configura una personalidad, un carácter, una sensibilidad, en definitiva, una forma humana singular que es a la vez una ética y una estética (Larrosa, 1998).

Tar vej por su zambo amáo
 Doriente suspirará,
 O tar vej ni me recuerda...
 ¡Yorá, yorá! (...)

Qué ejcura que ejtá la noche;
 La noche qué ejcura ejtá;
 Asina ejcura es l'ausencia...
 ¡Bogá! ¡Bogá!

(Citado en Padilla, de la Fundación Cultural Candelario Obeso).

Obeso poco se conoce en nuestras escuelas colombianas; él, a través de su ser sentipensante, tiene mucho que enseñarnos a una generación de hombres y mujeres que intentamos buscar la coherencia interna de nuestro *ser*; esquivando así títulos foráneos que se ofrecen a cambio de un conocimiento mercantil. Conocimiento obturado y totalizante que ahoga no sólo nuestra singularidad, sino también, nuestro tiempo *interior*³.

2. De la práctica a la experiencia

Después de haber aprendido de un sentipensante como que intentaba ir más allá de la imitación y la copia servil de las letras, me permitiré compartir con ustedes el *saber de mi experiencia* como investigador; intentaré, desde mi subjetividad, relatar sentidos de vida de aquellos que fueron sujetos-investigadores para mí y no objetos de conocimiento. Empezaré, por tanto, con las siguientes preguntas: ¿Qué es investigar? ¿Dónde se encuentran sus límites? ¿Cuál es el significado que adquieren los objetos-sujetos para los investigadores? ¿Qué posibilidades de acción tiene el investigador cuando se libera de su supuesta neutralidad valorativa? ¿Cómo interviene la experiencia en el proceso investigativo? ¿Qué hay escrito en nuestras vivencias cuando se es parte del diseño de investigación? Quiero contar entonces lo que fue para mí la investigación, los atisbos de querer comprender una realidad en mi formación como educador.

La palabra *investigación* comenzó a instalarse en mi vida en segundo semestre de la licenciatura en Educación física, recreación y deporte; mi relación con la producción de conocimiento estuvo cercana a la definición “sujeto-objeto” a partir de las teorías del conocimiento propuestas por Adams Schaff (1974). Para este autor, puede adquirirse conocimiento, primero, desde la teoría del *reflejo*, donde este es sólo el producto de las acciones (reflejas) que el sujeto-cognoscente logra recoger del objeto conocido; así, el ojo puesto sobre la realidad connota una forma

³ Para Levinas (1977, p. 81), la separación del ser con la totalidad sólo es posible si cada ser tiene su tiempo; es decir, su interioridad; si cada tiempo no es absorbido en el tiempo universal. Gracias a la dimensión de interioridad, el ser se niega a conceptos teorizantes y se resiste a la totalidad.

de conocer. La segunda posibilidad es aquella que tiene que ver con la *manipulación* y experimentación del objeto o individuo; en ésta el sujeto-cognoscente ejerce una función preponderante sobre el objeto a conocer; el conocimiento es el resultado de las variaciones que el sujeto provoca sobre el objeto. Por último, el autor expone una tercera vía o camino que denomina *interacción*, donde existe la posibilidad de relación, de intercambio de ideas y significados con otros (sujetos), los cuales se presentan como válidos para construir (y no sólo producir) conocimiento.

Con estas primeras enseñanzas, conceptuales por demás, encontré que mis afectos estaban fundados en la posibilidad (tercera vía) de signar (biografiar), desde la indagación y la curiosidad, lo que el otro (sujeto) tenía para compartir: un saber interiorizado, verbalizado y adquirido desde múltiples caminos; caminos que se vivencian en los cuentos y cuentas, en las historias; en experiencias relatadas e impregnadas sobre la piel para ser saboreadas por otros que también se encuentran acaramelados de otros saberes (y sabores) que son lamidos con aprehensión.

Con el transcurrir de los semestres, la noción de investigación penetraba más por mis afectos emotivos/cognitivos —al ser yo *sujeto* de una realidad que quería lamer—; sin embargo, no entendía por qué debía ver al *otro* (investigado) como objetivo; me parecía ilógico que la docente del curso denominara objetos de conocimiento a seres que yo no sentía como cosas; esos (supuestos) objetos eran personas de carne y hueso como yo. Aún así, y en medio de la confusión, tenía claro que quería investigar el significado de un saber como la danza para un grupo de jóvenes; al menos entendía que mi relación con ese *otro* (llamado erróneamente objeto) se encontraba cercano a mi experiencia de *ser* cuerpo, más allá del simple *tener* cuerpo.

Quería saber cómo configuraban los jóvenes —a quienes les orientaba clase de danza— procesos de cooperación, participación y respeto por el otro en medio del fragor de los ensayos. ¿Qué se decían en el repetir jadeante de sus pasos danzados? ¿Qué había en medio de sus risas bailadas? ¿Qué se comunicaban? Investigar acerca de la danza y los posibles valores que se promueven en esta acción⁴ física, emocional, sensual, etc., era algo que me apasionaba; lo que no sabía era cómo abordar estas inquietudes desde la investigación, menos aún, ¿cuál sería el método o camino pertinente para involucrarme y comprender esta aventura danzada?

En sexto semestre de la Licenciatura, en clase de *Seminario de investigación*, empecé a otear conceptos como objeto de estudio, algo confuso para mí, ya que no comprendía qué era configurar un problema de investigación, ni qué era pasar de la teoría a la pregunta; peor aún, saber si el nivel del estudio era descriptivo, comparativo o explicativo. Mi cabeza se llenó de tantos conceptos, que no pude saber a “ciencia cierta”, cómo precisar mi pregunta por la danza y el mundo de los valores en algo tan formal y complicado como *la investigación*.

⁴ Toledo (2001) define la acción como la corriente de experiencia interna, intencionalmente ligada a la realización de un proyecto que contempla cierta secuencia de ejecuciones; por el contrario, al movimiento que se externaliza en un conjunto de operaciones musculares y mecánicas, que logra consumir el propósito del proyecto o parte de él, lo denomina acto o ejecución.

Ahora comprendo (un tanto distanciado de ese enredo de términos), que intentaba hacer sólido lo que era líquido; en otras palabras, quería o necesitaba encajar un modelo de método lineal y cuantificable en una realidad que se me presentaba compleja y difícil de solidificar; realidad presidida por relaciones y mundos significados por otros (danzantes) que la viven de múltiples maneras. Por fortuna, la docente del curso me informó que existían otras fronteras del conocimiento que no cabían dentro de lo medible; me aconsejó, por tanto, ahondar en el mundo de la comprensión. Así empezó mi otra búsqueda (la búsqueda por el sentido), y agradecí en el silencio la honestidad de la docente. Esta perturbación inicial me marcó el ingreso a otros horizontes de investigación, de senderos insospechados y llenos de incertidumbre, de percibir otras formas de acción, otras posibilidades de relación y de aprendizaje.

Esta experiencia la cuento y la analizo para compartirles que mi investigación comenzó justo allí, en el quiebre epistemológico que se pregunta por el sentido y no por la elaboración (apriorística) de un referente conceptual, ni de un problema de investigación forzado a una realidad que se resiste a ser formalizada. Mi investigación empezó desde el momento que percibí, como profesor de danza, un diálogo interno con mi ser y el ser de los jóvenes que asistían a los ensayos. Sentía que había algo distinto, me olía a vida experienciada, algo que se modificaba en mi *yo interno*, en mi ser *sentipensante*, en mi ser *sí mismo*.

El *sí mismo* es la posibilidad que tiene el sujeto de colocarse en situación a partir de la relación concreta yo-mundo. Para Levinas, el yo se revela como *mismo* por excelencia, como *estancia* en el mundo, que consiste en morar, en identificarse existiendo, “allí en lo de sí”; es decir, en lo que es mío. El sentipensante encuentra en su mismidad (no solipsista) una morada, una casa para habitar, para hablar de sí; como un lugar donde *puede*; donde, dependiendo de una realidad que es otra, es a pesar de esta dependencia, o gracias a ella... libre. “Para él, es suficiente caminar para apoderarse de todo, para apresar y hablar de lo apresado; todo está a su disposición, todo le pertenece con la aprehensión original del lugar, todo le es com-prendido” (Levinas, 1977, p. 62). Ser sentipensante en la investigación es *ser sujeto*; es desbordar las categorías formales de la academia para hablar-nos de aquello que nos acontece y nos sorprende en el mundo; de un co-existir que nos afecta de manera subjetiva, el cual se nos vuelve problemático concebirlo desde la objetividad. Escribir como hablamos y hablar como escribimos es pensarnos desde un lugar, es poseer la capacidad de salirnos de la neutralidad valorativa y abrir la puerta para que emerjan la singularidad y la experiencia, en sí, nuestra subjetividad.

La ciencia occidental ha escindido el ser investigador de nuestra subjetividad sin tener en cuenta que configuramos sentidos de vida en un mundo vital o mundo de la vida que es siempre comunitario, que contiene la co-existencia de otros. Es el mundo personal, el mundo que está siempre presupuesto como válido en la actitud natural (Gadamer, 1993); es un mundo que no nos es del todo extraño;

no podemos ser productores de una realidad que se independiza de lo observado, así como tampoco podemos ser incólumes a las contingencias que se nos presentan día a día. La separación sujeto-cognoscente/objeto a conocer cada vez se nos vuelve más problemática, en tanto los objetos no yacen en el mundo como externalidad ingenua y objetiva; ellos objetos cobran sentido en tanto tienen un sentido para mí. En el momento que intento alejar el sentido a ese objeto para observarlo y analizarlo mediante un canon apriorístico de investigación “científica”, lo aniquilo, le quito la vida que le habían dado otros, y empiezo a entenderlo y explicarlo como cosa inerte carente de subjetividad; por regla general, se nos ha enseñado que no podemos dejar resucitar a los ídolos baconianos que aturden constantemente la vida interior del investigador.

Somos herederos de un arraigado estatuto científico de objetividad, legado escrito no sólo en nuestros apuntes de clase, sino también en las múltiples inscripciones de negación subjetiva; se tildan otras maneras de saber y conocer como no científicas carentes de rigor objetivo, matizadas por el sesgo personal del investigador. Lo “científico” es aquello que puede generar leyes universales sobre el fenómeno a explicar. Se pone de manifiesto lo que Castro (2005, p. 63) denomina la *hybris del punto cero*, que es aquella

forma de conocimiento que eleva pretensiones de objetividad y científicidad partiendo del presupuesto de que el observador no forma parte de lo observado... Ubicarse en el punto cero equivale a tener el poder de un *Deus absconditus* que puede ver sin ser visto; es decir, que puede observar el mundo sin tener que dar cuenta a nadie, ni siquiera a sí mismo, de la legitimidad de tal observación.

Hoy, estamos llamados a cambiar la historia hegemónica de la objetividad, a re-encantar un mundo enristecido de leyes mecánicas que predicen con cierta imprecisión nuestro accionar complejo de la vida. Empezar a comprender que la ciencia y la filosofía no sólo aluden a objetos que no pueden ser estudiados sin la participación de los observadores-autores, sino que son construcciones sociales llevadas a cabo por una comunidad científico-cultural (Fried, 1994). “Hemos vagado por caminos falsos durante doscientos años, hemos indicado caminos errados a otros, pero, sobre todo, hemos errado el camino nosotros mismos” (Wallerstein, 2001, p. 190). Prueba de esto fueron las disculpas expresadas por James Lighthill en 1986 como presidente de la Unión Internacional de Mecánica Teórica y Aplicada:

Aquí debo formular una proposición, hablando nuevamente en nombre de la gran fraternidad mundial de quienes se dedican a la mecánica. Hoy tenemos plena conciencia de que el entusiasmo de nuestros antecesores por los maravillosos logros de la mecánica newtoniana los llevó a hacer ciertas generalizaciones en el área de predictibilidad, en las que en general tendíamos a creer antes de 1960, pero

que ahora reconocemos como falsas. Deseamos ofrecer disculpas colectivas por no haber encaminado en la dirección adecuada al público culto en general, difundiendo ideas sobre el determinismo de los sistemas que se atienen a las leyes del movimiento de Newton, ideas que después de 1960 demostraron ser incorrectas. (Citado por Prigogine, 1994, p. 40).

El reconocimiento de este error nos hace tomar conciencia de los cambios que se han presentado en el mundo de la ciencia en estos últimos años; conciencia que nos empuja a crear otras configuraciones de ser en el mundo, a concebir que el caos y el desorden fueron paralelos a una realidad que se nos presentaba perfecta y equilibrada. Nos hace falta involucrar preguntas de la vida distintas de los porqué y de los cómo. Faltó preguntarnos también por los *para qué*, interrogantes que Newton tal vez no tuvo en cuenta. Este científico sufrió una verdadera “castración cognitiva/afectiva” en su conocer, “tuvo que establecer límites *fundacionales*, necesitó recortar el campo de lo posible y sufrió enormemente tener que aceptar la existencia de fronteras infranqueables para su ciencia” (Najmanovich, 1994, p. 12). Newton sólo pudo explicar, al igual que sus sucesores, un universo carente de creación finalista; sólo pudo predecir un mundonatural que responde a leyes mecánicas de acción-reacción. Hoy necesitamos pasar no sólo de la teoría a la práctica, sino de la práctica a la experiencia (Santos, 1998) y de la experiencia a la toma de decisiones; no podemos repetir el mismo modelo de formación (en investigación) que nos aparta asépticamente de lo que somos (creadores), en el intento de cumplir con modelos que van cimentándose como “paradogmas” a través de los tiempos. Un paradigma, distinto del término kuhniano de paradigma,

es aquel que suele operar como verdades consagradas e institucionalizadas, que estrechan el horizonte del conocimiento y lo limitan a las *experiencias* que se suponen bien probadas dentro de parámetros preestablecidos, incluso cuando se admita desviaciones marginales a la autoridad científica... un paradigma se configura con racionalizaciones simuladas de una apuesta de poder mediada por la imposición de sentido de una “verdad” que oculta su esencial carácter conjetural (Dei, 1998, p. 4).

3. Sujeto investigado—sujeto investigador: hacia un nuevo tratamiento distinto del concepto de episteme

Edgar Morin (1994), en *La noción de sujeto*, descentra al hombre y a la mujer de su egocentrismo para ubicarlos en relación procesual con la vida. El ser es ante todo auto-eco-organización, alguien que replantea su existencia en interrelación con el universo y con el otro; de este modo, lo revuelca y lo coloca en perspectiva procesual, bio-lógica y psico-social. La concepción de sujeto implica un principio organizador del conocimiento en tanto ya no puede mirarse al otro y lo otro

como objetuales, sino que hacen parte del proceso mismo de la vida; el sujeto es productor y producido de lo que conoce, es “alguien que asocia la descripción del objeto con la descripción de la descripción y la descripción del descriptor, que otorga tanta fuerza a la articulación y la integración como a la distinción y la oposición” (Fried, 1994, p. 24). Es sujeto que se deja envolver entre datos y relatos, que se esparce y se diluye en el todo investigado; fruto de ello, es un conocimiento sazonado con su *subjetividad*, algo que tiene parte de sus genes, de su forma de ser en el mundo, que visibiliza sus recorridos y memorias corpóreas⁵, que le permiten *ser sujeto*. No obstante, frente a esta disertación, la pregunta por el sujeto sigue vigente; entonces, ¿qué es ser sujeto?

Ser sujeto es ser proceso, movimiento y síntesis de aquello que Deleuze (2002) denominó sus principios constitutivos (la creencia y la creación). Esto implica reconocer un ser que se moviliza entre lo instituido (lo dado) y lo instituyente (lo creado), que se hace sujeto en la medida que se supera (trascendencia), reflexiona y se reflexiona; es creencia en tanto infiere cosas de la naturaleza y la cultura que le son dadas, pero también es creación en tanto inventa y distingue poderes, lo mismo que construye otras realidades. Ello sólo es posible desde su subjetividad (Hurtado, Jaramillo, Zúñiga y Montoya, 2005, p. 134).

Ser sujeto es hacerse en los desbordamientos de la experiencia, en la vivencia de las contradicciones, en los tránsitos identitarios y en las múltiples temporalidades; no se puede ser sujeto cuando se crece en invernaderos demasiado protegidos, cuando se es domesticado y entrenado en dogmas “científicos” que modelan e impiden el crecimiento crítico-natural de ser en un contexto; ser sujeto es vivir en la tensión de lo dado y lo creado y en la implicación subjetiva de aquello que se quiere explicar o comprender. Sólo implicándome con lo investigado podré ir perdiendo la condición de individuo-observador-pasivo para ser sujeto-constructor-activo; podré

movilizar el cálculo y la técnica del mismo modo que la memoria y la solidaridad ...indignar (me), esperar, inscribir (mi) libertad personal en las batallas sociales y liberaciones culturales. (Seré) sujeto más que razón, (seré) libertad, liberación y rechazo. (Touraine, 2000, p. 67).

Ser sujeto en la investigación es moverme entre lo instrumental y lo trascendente, en la contradicción y en la paradoja, en la incoherencia de una realidad que no encaja con postulados y verdades contenidas en un modelo de investigación. Ser sujeto en la investigación es hacernos conscientes de una historicidad que no podemos negar, es reconocer y validar la cultura donde se encuentra nuestra pregunta de investigación, es la posibilidad de compartir y relacionar experiencias/reflexivas con los sujetos-investigados, es colocarnos en situación

⁵ Lo corpóreo es un adjetivo calificativo relativo a la corporeidad. La corporeidad es una condición concreta de presencia, participación y significación en el mundo. Como condición objetiva, la corporeidad es el substrato sobre el cual se construye la motricidad. Como vivencia subjetiva, la corporeidad es fruto de la construcción de la motricidad (Kolyniak, 2005).

y con intencionalidad. ¿Quiénes son los que le dan vida a los datos sino aquellos que hacen parte del estudio (investigador-investigados)? Negar la subjetividad es impedir la vitalidad del encuentro y la capacidad de crear otras formas de relación. La subjetividad es

la condensación de recorridos y memorias, de voces y aspiraciones en cierto sentido colectivas; (que) se constituye siempre en la trama de relaciones con lenguajes y experiencias múltiples, pero, sobre todo, en el entramado de otras subjetividades; (ella) acontece y se pronuncia con la carga de historias y biografías, de otras palabras y de otras reflexiones (Huergo, 2004, p. 129).

La subjetividad es ante todo pro-yectos (seres arrojados) de vida que se ponen en escena para combinar lo técnico y lo simbólico, lo sensible y lo instrumental, la razón y la pasión. A la subjetividad no le cabe otro contenido distinto que la creación de *sentidos de vida* y no sentidos de producción. El sujeto es alguien que se deja permear por su ser corpóreo, que encuentra sentidos en medio de relaciones que comparte con otros que le afectan, “sujetos que perciben y asumen la relación social en cuanto a una experiencia que pasa básicamente por su sensibilidad y su corporeidad” (Martín-Barbero, 2004, p. 40). Los procesos de formación investigativa no deben ser indiferentes a estas sensibilidades; una forma de empezar, quizás, es arrancar al sujeto-investigador de su pretensión determinista.

Ser sujeto en la investigación me obliga a percibir la episteme de manera distinta; como investigador y actor-social me encuentro en constante relación con lo investigado; por tanto, empiezo a sospechar de todo aquello donde no me encuentre inmerso. Pasaría de concebir una epistemología como *teoría del conocimiento científico*⁶, a un accionar epistemológico crítico-comprensivo de mi ser y hacer en la construcción de conocimiento. ¿Qué significa esto?

Significa que tendré la capacidad de poseer conciencia histórica y reflexiva de una realidad que observo y me observa, rodeo y me rodea, absorbo y me absorbe (Jaramillo, 2003, p. 3); episteme donde se albergan el ser y el quehacer de mi disciplina rodeada de otras tantas que pueden complementarla. Epistemología proliferante, movida por vientos de cambio, dinámica y volátil donde (poseo) la capacidad de reaccionar frente a aquellos adelantos “científicos” que se aceptan de manera ciega y acrítica; es un pensamiento continuo de reflexión, “fuente de expiración-inspiración que lleva consigo gérmenes fecundantes de una animación capaz de resistir a largo término la pesadez mortífera que tiende a la esclerosis [...] metáfora por excelencia de la circulación sin freno” (Maffesoli, 1999, p. 32). Investigador inquieto, hostigador, reflexivo, inquisidor y crítico incansable en su ser sentipensante; investigador que quiere irrumpir como testigo en la investigación, pues se siente con derecho de decir su secreto, su interioridad.

⁶ Para Ceberio y Watzlawick (1998), el término epistemología deriva del griego episteme, que significa conocimiento, y es una rama de la filosofía que se ocupa de todos los elementos que procuran la adquisición de conocimiento, e investiga los fundamentos, límites, métodos y la validez del mismo.

4. La investigación y el encuentro con el otro: somos uno en la palabra

Para Humboldt (citado por Gadamer, 1993), uno de los creadores de la filosofía moderna del lenguaje, existe un nexo indisoluble entre individualidad y naturaleza humana; individualidad que llama a la totalidad de la comprensión a través de la constitución lingüística. En lo humano se encuentra el lenguaje, y con él está la acción, la fuerza originaria de su espíritu. Humboldt consideraba que cada lengua en una determinada acepción es la forma interior en la que se diferencia, en cada caso, el acontecer humano.

El lenguaje en realidad se encuentra frente a un ámbito infinito y en verdad ilimitado; es el conjunto de todo lo pensable. Por eso está obligado a hacer un uso infinito de medios finitos, y puede hacerlo en virtud de la identidad, de la fuerza que genera ideas y lenguaje... En este sentido la fuerza lingüística es superior a todas las aplicaciones de contenido (Humboldt, citado por Gadamer, 1993, p. 526).

El lenguaje rompe con la historia universal en la medida que el pasado hace parte de los acontecimientos y expresiones del presente. Para Gadamer, la forma lingüística y el contenido transmitido (dialogado) no pueden separarse de la experiencia, por cuanto somos uno en la palabra, somos interpretación, somos comprensión, conversación.

El lenguaje nos permite estar aquí y ahora como seres relacionados entre sí a través de múltiples manifestaciones; el lenguaje es dinámico, genera conciencia, permite contrastar continuamente manifestación y significado de las cosas; de él emergen nuevos significados.

A través del lenguaje, el hombre y la mujer empiezan a utilizar una forma de tiempo socialmente organizada: se escapan de la naturaleza, crean al interior del tiempo físico, el tiempo de la cultura... el lenguaje es un enigma. Pero el enigma del lenguaje es el enigma del hombre (Cabrejo, 2004, p. 8).

A través del lenguaje el ser humano se sobrepone a un mundo natural sin dejarlo, ofrece la posibilidad de ser y tener un mundo aprehendido con otros. “El hombre está capacitado para elevarse siempre por encima de su entorno casual, porque su hablar hace hablar al mundo... elevarse al mundo no significa abandono del entorno sino una posición completamente distinta respecto a él” (Gadamer, 1993, p. 527). Platón, por ejemplo, consideraba que el no ser en el ser es lo que en realidad hace posible que se hable de lo que es. Para los griegos, el mundo se piensa como el ser, como constelación objetiva *enunciable* respecto a un todo abarcante que constituye el horizonte del mundo del lenguaje. Desde esta perspectiva, el lenguaje sólo tiene su verdadero ser en la conversación, en el ejercicio del mutuo *entendimiento*. Es un proceso vital en el que una comunidad vive su ser como cultura; el lenguaje

no es sólo un simple medio para el entendimiento, sino del mutuo entendimiento; las palabras desgastadas e inservibles pueden conformar el más hermoso poema que deja traslucir la condición imaginativa de utopías posibles, de sensibilidad y de pasión acerca de lo que se es como humano. Con el lenguaje aprehendemos y hacemos carne la experiencia (subjetiva) de los otros. Pero, ¿qué relación existe entre el lenguaje y la investigación? ¿Cómo se hace carne el lenguaje?

El lenguaje es palpable para los sujetos que participan de un proceso investigativo (investigador-investigado) a través del diálogo; es un mutuo entendimiento en el que se funden, por medio de la palabra, sus subjetividades. En esta relación la comprensión juega un papel protagónico, ya que no se trataría de ver al otro (sujeto investigado) como fuente de datos, ni como un ser que registra información en una grabadora manual. En la comprensión, el otro ya no es simplemente otro, es alguien que espera de mí no sólo atención o afirmación de sus palabras, sino un desplazamiento de mi horizonte de vida que sale al encuentro de su horizonte para llegar a comprenderlo. Fusión de horizontes donde la emoción y la razón se hacen uno solo en la palabra, se pasa de una racionalidad instrumental a una racionalidad comunicativa; en el mutuo entendimiento, el investigador se disuelve como un hablante más de la comunidad, de modo que: ¿cuál sería la diferencia entre estar con-versando con un grupo de personas y estar investigándolas? En principio, ninguna. Según Habermas (1998, p. 27):

Podemos tratar las palabras que otro profiera como sonidos; o si entendemos sus significados, podemos todavía tratarlas como hechos, registrando como un hecho que el otro dice lo que dice; o podemos tratar lo que el otro dice como pretensión de conocimiento, en cuyo caso no sólo nos ocupamos de lo que el otro dice como un hecho de su biografía, sino como algo que puede ser verdadero o falso. En los dos primeros casos el otro es un objeto para mí, aunque por vías distintas, mientras que en el último el otro es un prójimo que me concierne como alguien que está en pie de igualdad conmigo, en tanto que ambos estamos implicados en nuestro mundo común.

En esta relación comprensiva, la palabra ya no es un accesorio, ni la determinación objetiva de lo nombrado, tampoco es la copia de un orden previo ni un instrumento capaz de construir lenguaje matemático. “La palabra sólo es el centro del lenguaje por su referencia al todo de cuanto ella puede mediar la esencia histórico finita del hombre consigo mismo y con el mundo” (Gadamer, 1993, p. 326).

En la infinitud del lenguaje, y con él la finitud de la palabra, la subjetividad bucea en medio de los sujetos (investigador-investigado) como maraña de significados relacionales. No se trata de interpretar para comprender cómo viven o vivimos; se trata de comprender para transformar nuestras vidas, para derribar nuestras formas de apropiación que se sedimentan en nuestras posibilidades de ser y de actuar. Porque no existe habla sino que hablamos, es que podemos desde

la *praxis* ser proceso de cambio y no agentes externos que formulan políticas de acción sin el compromiso activo del otro que intento comprender.

Es a partir de la fusión de horizontes como se puede *ser sujeto* no domesticado más allá de la relación investigador-investigado, sujeto-objeto, constructor-construido; en el lenguaje se vivencian a intensidad las diferentes formas de expresión y co-creación desde un nos-otros; es una religión; es decir, la ligadura que se establece entre varios sujetos sin constituir una totalidad (Levinas, 1977). Así, el lenguaje pasa a ser el “sentido encarnado, la encarnación de la experiencia en el mundo, el proyecto que se vuelve proceso, desenvolvimiento; y al cabo, significado” (Vargas, 2003, p. 14). Del mismo modo que para bailar nos entregamos a la música, también hablar implica entregarse a la palabra. Al bailar somos palabra; por tanto, la posibilidad de acuerdo racional reposa en nuestra apertura previa a la palabra en la posibilidad de acompasarnos con el otro. Algo así sucede en la investigación dialogal que establezco (bailo) con un otro, que en medio de la conversación, poder sobre él no puedo.

Consideraciones finales

Darse la posibilidad de ser sujeto en la investigación implica cambiar nuestra concepción externa del objeto-sujeto a sujeto-sujeto; es concebirlo como parte constituyente (más no derivativa) de nuestra subjetividad; todo objeto y todo sujeto se encuentran cargados de significados. La investigación comienza desde el momento que desbordamos construcciones explicativas con el fin de reconocer que poseemos sentidos y significados por aquellos que son parte de nuestro problema de investigación; es mirar “la latencia de contenidos que encubre el espacio de posibilidades descubiertos por los sujetos, (lo cual) escapa a los límites de la simple razón lógica” (Zemelman, 2005, p. 92). Ser sujetos es prendernos de una realidad que nos es *morada*, que nos compromete –tanto al investigador como al estudiante de investigación– a pensar y escribir desde un tiempo y un lugar; lo contrario, es asfixiar nuestra subjetividad.

Ser sujeto en una investigación es fundirnos en lo investigado y con los investigados; es darnos la oportunidad de com-prendernos con otros como absolutamente *otros*; posibilidad de co-existir y ensanchar nuestros horizontes de vida; para ello debemos cambiar nuestra lente objetiva externa por espectros de luz que iluminen otras partes de sí mismos, es ser sensibles a la experiencia propia. Es tener la capacidad y entereza de concebir la investigación como fuente de transformación personal y colectiva. Esto nos permite dar cuenta de una realidad de la cual somos parte, así “tengamos que asumir las consecuencias que ello tiene sobre el lenguaje y lo que entendemos por (ciencia) y por historia” (Zemelman, 2005, p. 94).

Bibliografía

- Cabrejo, P. (2004). La cadena simbólica de la lengua: hallazgo del eslabón perdido. *Revista Internacional Magisterio. Educación y Pedagogía*, 10.
- Castro, S. (2005). *La poscolonialidad explicada a los niños*. Popayán: Universidad del Cauca – Instituto Pensar – Pontificia Universidad Javeriana.
- Ceberio, M. y Watzlawick, P. (1998). *La construcción del universo*. Barcelona: Herder.
- Dei, D. (1998). Paradigmas y paradogmas en ciencias sociales. En *Revista la Cuerda Floja*. Universidad de Chile. Facultad de Ciencias Sociales.
- Deleuze, G. (2002). *Empirismo y subjetividad*. Barcelona: Gedisa.
- Fried, D. (1994). Introducción: ciencia cultura y subjetividad. En D. Fried (comp.). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Gadamer, H. (1993). La ontología del lenguaje. En H. Gadamer, *Verdad y método I*. Salamanca: Sígueme.
- Habermas, J. (1998). *Teoría de la acción comunicativa, Tomo I: Racionalidad de la acción y racionalización social*. España: Taurus.
- Huergo, J. (2004). La formación de sujetos y los sentidos político-culturales de comunicación/educación. En *Debates sobre el sujeto. Perspectivas contemporáneas*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Hurtado, D., Jaramillo, L., Zúñiga, C. y Montoya, H. (2005). *El imaginario del joven ante la clase de educación física*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Kolyniak, C. (2005). Proposta para um glossário inicial para a ciência da Motricidade Humana. En Trigo, Hurtado y Jaramillo (comp.) *Consentido*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Jaramillo, L. (2003). ¿Qué es epistemología? *Revista electrónica Cinta de Moebio*. Universidad de Chile. Facultad de Ciencias Sociales. <http://www.moebio.uchile.cl/18/jaramillo1.htm>
- Larrosa, J. (1998). *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. Barcelona: Leartes.
- Levinas, E. (1977). *Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Sígueme.
- Maffesoli, M. (1999). El nomadismo fundador. *Revista Nómadas*, 10.
- Martín-Barbero, J. (2004). Crisis de identitarias y transformaciones de la subjetividad. En *Debates sobre el sujeto. Perspectivas contemporáneas*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Morin, E. (1994). La noción de sujeto. En D. Fried (comp.). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Najmanovich, D. (1994). De “el tiempo” a las temporalidades. En S. Bleichmar (comp.). *Temporalidad, determinación y azar. Lo reversible y lo irreversible*. Buenos Aires: Paidós.
- Padilla, M. (2004). El poeta Candelario Obeso. *Revista Internacional Magisterio. Educación y Pedagogía*, 10.
- Prigogine, I. (1994). ¿El fin de la ciencia? En D. Fried (comp.). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.

- Santos, B. de S. (1998). *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la posmodernidad*, Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Schaff, A. (1974). *Historia y verdad*. México: Grijalbo.
- Toledo, N. (2003). Ejercicio de construcción de un ideal-tipo de la vida social El caso del emprendedor. *Revista Cinta de Moebio*, 12, [versión electrónica] <http://rehue.csociales.uchile.cl/publicaciones/moebio/12/frames05.htm>
- Touraine, A. (2000). *¿Podremos vivir juntos? El destino del hombre en la aldea global*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Vargas, G. (2003). *Fenomenología del ser y el lenguaje*. Serie Filosofía. Bogotá: Alejandría Libros.
- Wallerstein, I. (2001). *Conocer el mundo, saber el mundo. El fin de lo aprendido. Una ciencia social para el Siglo XXI*. México: Siglo XXI Editores.
- Zemelman, H. (2005). *Voluntad de conocer: el sujeto y su pensamiento en el paradigma crítico*. Barcelona: Anthropos.